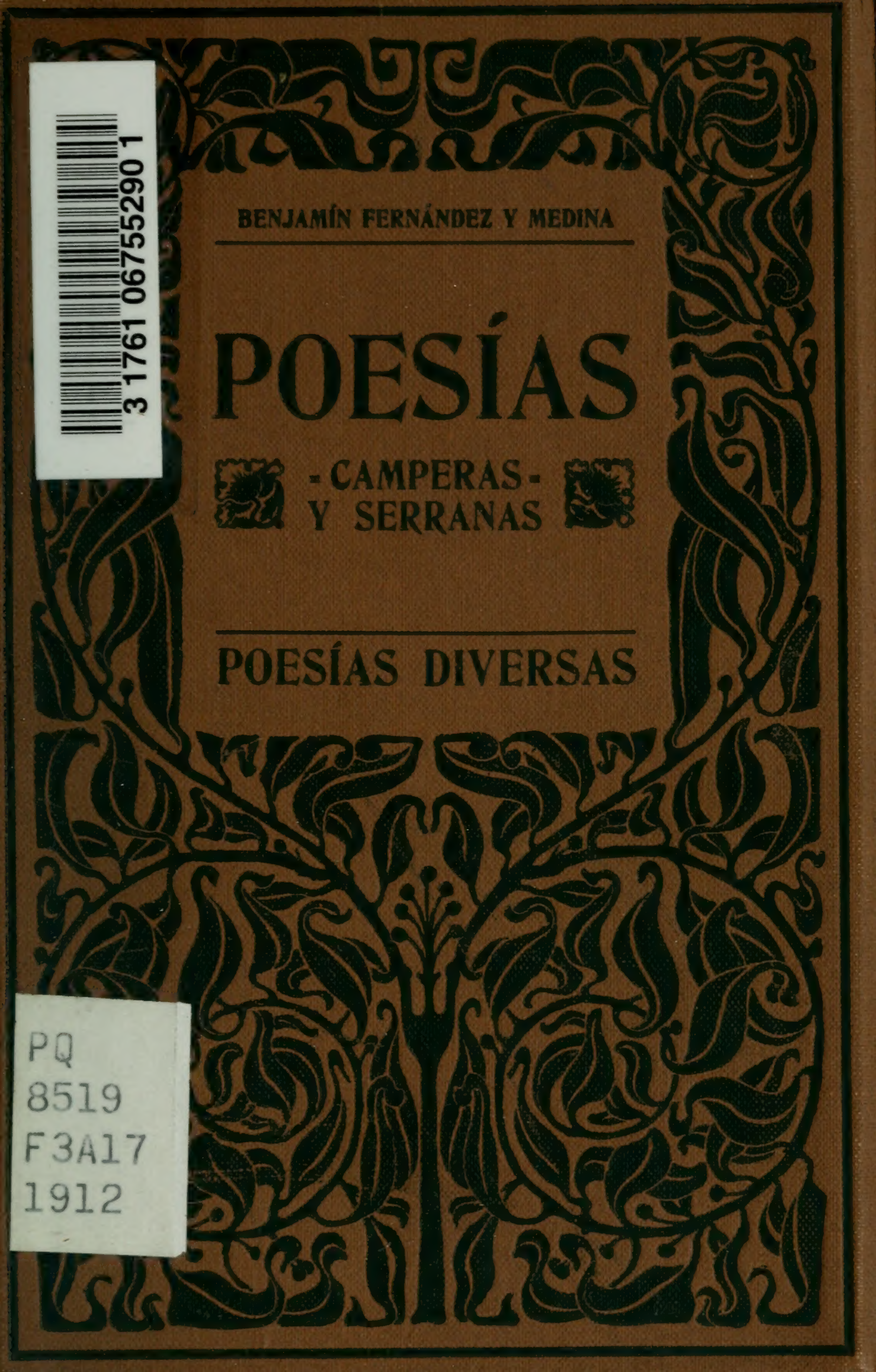

BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA
POESÍAS
-CAMPERAS-
Y SERRANAS
POESÍAS DIVERSAS

POESÍAS

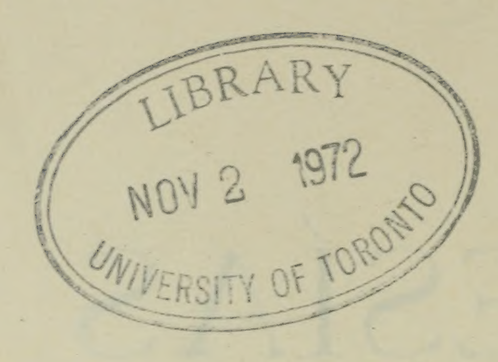
BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA

POESÍAS



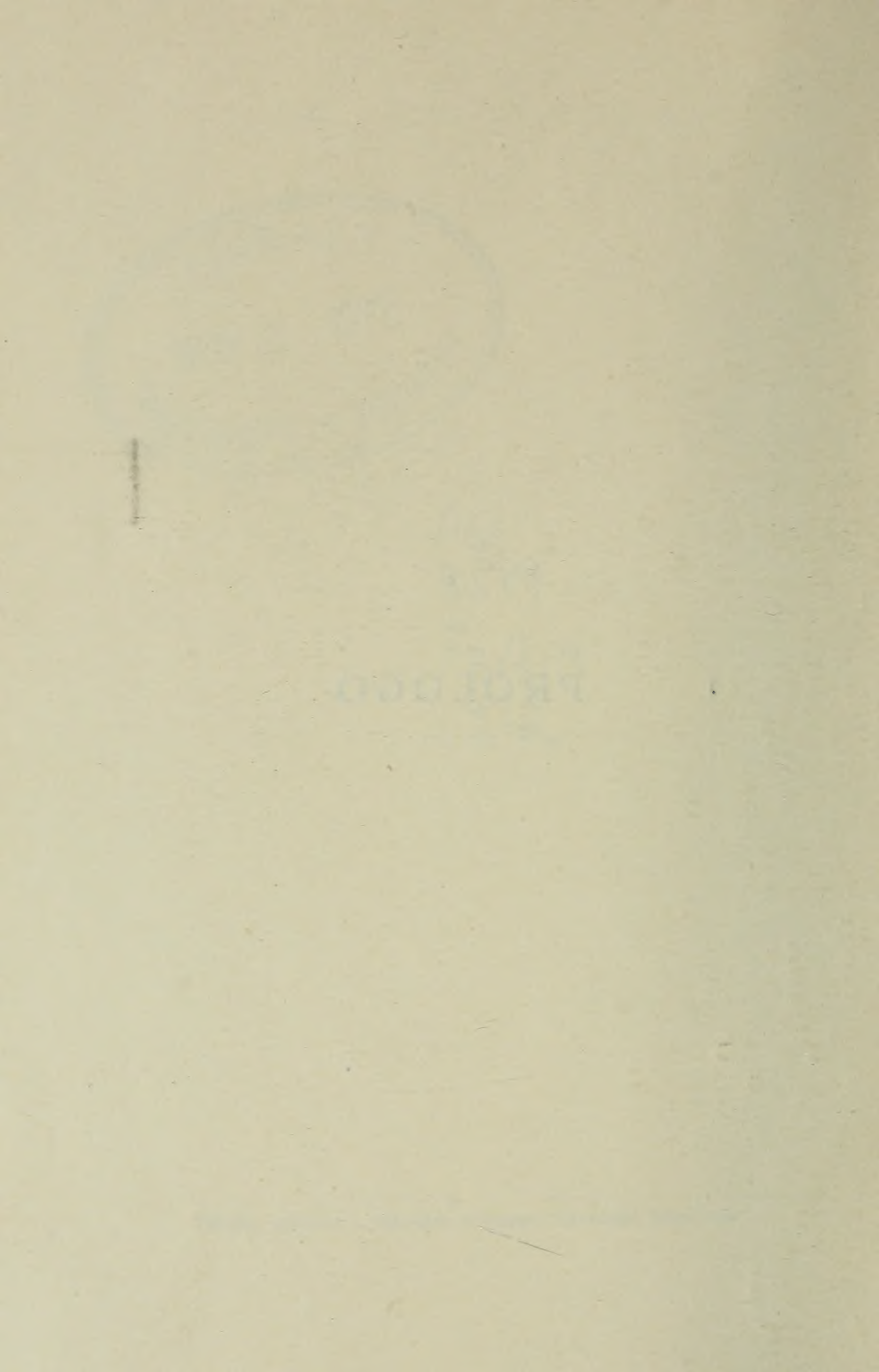
MONTEVIDEO

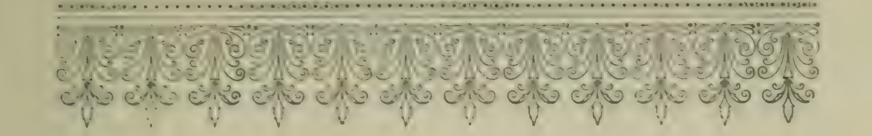
A. BARREIRO Y RAMOS, Editor
Librería Nacional
1912



Talleres gráficos A. Barreiro y Ramos - Bartolomé Mitre, 61.

PRÓLOGO





PRÓLOGO

En 1894, con el entusiasmo de los veinte años, publiqué un volumen de versos titulado *Camperas y Serranas,* que ha sido, sin duda, el más afortunado de mis libros.

Han pasado casi veinte años más y vuelvo á editar esos versos con otros del mismo tiempo ó de época más cercana. No tengo el entusiasmo juvenil de 1894, ni creo tanto que haya de ser también afortunado el libro que los contiene; pero su publicación responde á una convicción muy firme. Al través de los azares y vicisitudes de la vida, hay hombres que conservan un invariable culto á la belleza y al sentimiento; que afinan sus gustos y se empeñan siempre en modelar con formas, que creen más ó menos perfectas, las

inspiraciones ó impresiones en que se complace su espíritu. Tales hombres no creen que esto sea una inutilidad ni una disipación de sus fuerzas mentales, aun en medio de una sociedad afanosa de lucros y ventajas, que se estiman más positivos, aun cuando sean generalmente más frágiles y pasajeros. Son como esas mujeres que no envejecen ni declinan en las gallardías de la belleza y del ánimo; son, en la selva humana, árboles que, además de los frutos comunes á la especie, tienen, por exuberancia de savia, de tiempo en tiempo, un florecimiento extraordinario, destinado quizás á no ser percibido ni á perfumar más que á su propio follaje.... pero que debe ser y es, sin duda, una gala de la naturaleza, un encanto del lugar en que se produce, un regalo de aroma para los que se le acercan, un recreo para la visión de los que levantan sus miradas hacia arriba....

No sé si puedo contarme entre esos hombres. Sé, sí, que llevado por el destino á conocer variados aspectos de la vida, desde diversas situaciones; á emplear mis facultades en múltiples tareas y en objetos muy diferentes, — he tenido siempre y tengo hoy, como en mi juventud, el amor de la poesía; que conservo á mis versos un cariño sólo comparable al de un vástago per-

dido y aunque no soy viejo todavía, y piense continuar tentando la difícil producción artística en tal forma, — me he decidido á publicar en libro, un manojo en el cual se confunden las flores campestres de mi primavera, con otras que acaso resulten de invernadero, pero que demuestran la constancia de mi devoción á las musas.

De las *Camperas y Serranas* dijo Manuel Bernárdez en un estudio que me es particularmente grato:

« Medina entra en estos versos en corrientes nuevas para las letras poéticas. Sus versos son criollos, pero no criollos como se entiende generalmente, echando á perder la lengua, sino criollos por intención, por el pensamiento y la filosofía, porque emplea la manera de razonar, de sentir la naturaleza y los giros peculiares del paisano ».

Mis versos camperos no son, efectivamente, del tipo de los versos gauchescos que pululaban en 1894 y han continuado después, cayendo en el convencionalismo monótono y empalagoso de los que tiran á lo sentimental y sólo aciertan á amontonar metáforas buenas, malas ó mediocres,

á usar palabras aprendidas en la jerga de teatro tan falso como esa poesía, ó de los que han ido al encanallamiento del arrabal á buscar escenas, figuras y gestos, como expresión característica de poesía nacional.

Lo dije ya en el prólogo de la primera edición de *Camperas y Serranas* y en el rasgueo que las precede: Mi musa declara y reconoce el abolengo de España, como la de Hidalgo, como la poesía popular verdadera, la de nuestro *folklore* que sabe en lenguaje y giros á viejo castellano conservado en rústicos vasos criollos.

En las nuevas *Camperas* y *Serranas,* la forma y el lenguaje de las primeras ha persistido. — Acaso se vea en ellas, y sino yo lo digo aquí: que he intentado presentar modalidades de las distintas regiones de nuestro país y de nuestra raza. Así en *El pañuelo color mordoré* he recordado los ya totalmente extinguidos retoños de los indios misioneros, traídos á San Borja (y de los cuales espero dar algun día en un estudio *folklórico,* curiosos recuerdos y observaciones); en *Maragata* un idilio amable desarrollado entre nuestros Montescos y Capuletos, *blancos* y *colorados;* en *La Chacarera,* una escena del medio rural de Canelones, donde se conservan los peculiares caracteres de los pobladores traídos de

Canarias, que, con los maragatos, fueron los primeros cultivadores de nuestra campaña; en *La china de las tres esquinas*, rasgos de los vecinos de la antigua zona de *Propios* de Montevideo, que ha sido destrozada y convertida en populosos barrios suburbanos ó quintas de recreo; en *La picada*, el tipo de paisanito malicioso é ingenuo á un tiempo, que se enreda en la madeja de experiencia marrullera y burlona de una china vieja....

Quedan todavía sin incluir una *Menina*, en que me propongo presentar el medio fronterizo abrasilerado en tipos, lenguaje y costumbres; *Butyá*, un idilio de la región de los palmares de nuestro Fareast (Rocha); *Mercedaria*, un cuento galante del tiempo viejo de los baños curativos del Río Negro; *Valdense*, unos amores amargos, de un paisanito del Colla y una muchacha de la colonia protestante; *Salteña*, un idilio vendimial en la región de los viñedos .... y algunas más.... que no sé si llegarán á tomar forma definitiva, y que debían completar el cuadro de esa campaña nuestra, en la que se sigue elaborando, más sin duda que en las ciudades, el porvenir de la raza.

De las *Poesías diversas* que he escogido para este volumen no creo necesario decir que están

fuera completamente del carácter de mis primeras composiciones. Entre ellas hay algunas que sólo son, ó tienden á ser, *de arte*. Otras son expresión de íntimo sentimiento. ¡Para qué señalarlas!

Este es el prólogo con que el autor anuncia su propio libro, quizás porque no cree en los prólogos ajenos, quizás porque su optimismo no ha vencido en este caso á su experiencia desalentada sobre la sinceridad de los otros.

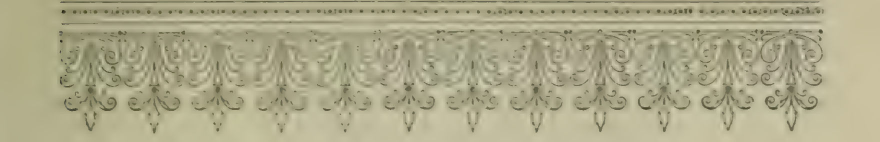
B. F. M.

Montevideo, 1912.

I

CAMPERAS Y SERRANAS

(1.ª Serie - 1894)



RASGUEO

Democrática es mi musa,
como musa americana,
pero su abolengo es noble:
el abolengo de España.

Mas si es retoño extranjero
que arraigó en tierra uruguaya,
sólo es vieja la corteza,
nueva y potente la savia.

Con Hidalgo el veterano
al libertarse la Patria,
nació la poesía campera
de trovas improvisadas.

Después, con los payadores
amigos de la guitarra,
anduvo de pago en pago
y de galpón en ramada.

Yo quiero de estos cantores
copiar la rústica labia,
cantar en lengua del pueblo
mis Camperas y Serranas.

Tiene sierras y cuchillas
la hermosa tierra uruguaya,
tiene cielo luminoso
y aroyos de claras aguas.

Como arenas de sus costas
son las glorias de la Patria,
y vida le falta al hombre
para alcanzar á cantarlas.

Fiestas y bailes alegres
abundan en la campaña,
y las morochas bonitas
son como la verdolaga.

Si quiere galas mi musa,
me darán para adornarla:
el monte flores del aire,
penachos la paja brava.

Si mieles, el camoatí;
el espinillo fragancia,
y colores los del cielo,
que son también de la Patria.

Así yo quiero cantar
mis Camperas y Serranas
en el lenguaje del pueblo,
al compás de una guitarra.

2.

CAMPERA

(Á Eugenio Garzón).

Su cara es trigueña
como pasto seco
que quemó en verano
el sol con su fuego;
sus ojos muy grandes,
como pena negros,
viven por ladinos
en perpetuo encierro
y en la boca tiene
un nido de besos
la linda morocha
del pago del cerro.

Igual á los ojos
es el pelo negro,
y como cuajada
tembloroso el seno;

el talle semeja
junco del estero,

que al pasar agitan
y cimbran los vientos;
y andando parece
que no pisa el suelo
la linda morocha
del pago del cerro.

En yerras y trillas,
óleos, casamientos,
velorios, cumpleaños,
y en todo festejo,
¿quién lucirse puede
si baila algún cielo,
pericón ó polca,
y dice sus versos
más intencionados
que doctor pueblero
la linda morocha
del pago del cerro?

Si alguno la mira
con ojos risueños,
es cabresteadora
y sigue el floreo
como las potrancas
el son del cencerro;
pero ni á paisanos,
ni á mozos de pueblo

ha soltado prenda
ni admitido empeños,
la linda morocha
del pago del cerro.

Libre, arrastradora,
igual al pampero;
perdonando vidas
y pidiendo besos,
es reina en su pago
la que yo prefiero,
proclamo y publico
á todos los vientos:
linda entre las lindas,
como el gran lucero,
la linda morocha
del pago del cerro.

SERRANA

Yendo por la sierra,
la sierra de Minas,
hallé una morocha
más linda que el día.

Sola y á caballo
iba muy tranquila,
cantando una ausencia
de las que cautivan.
El vestido blanco,
de tela sencilla,
entrever dejaba
un cuerpo de china
todavía indeciso
entre moza y niña;
las trenzas, muy largas,
atrás le caían;
y un pañuelo blanco
cubriendo la erguida
cabeza, ocultaba
su cara bonita.

Viéndonos tan solos,
yo quise decirla
cuánto me alegrara
de su compañía;
pero ella, al sentirme,
mal apercibida,
apuró su marcha
hacia la cuchilla.

—" ¿No quiere (le dije)
servirme de guía
para ir á la estancia
de la Coronilla? "
Se volvió y miróme
con mirada fija;
y en tono de burla
contestó en seguida:
—" Yo no soy baqueana
para eso de guía....
siguiendo derecho
va á la Coronilla. "
Y hostigó á su flete,
quitando á mi vista
el dulce agasajo
de su cara linda.

¡Ay! ¿cómo sus ojos
olvidar podría,

si estrellas del cielo
eran, escondidas
detrás de una lluvia
de pestañas finas;
y los labios rojos,
de color de guinda,
y toda la cara
de morocha altiva
que niega favores
y á la vez los brinda?

Viéndola alejarse,
intenté seguirla;
pero á mis apuros
respondió su prisa,
y pronto, muy pronto,
perdíla de vista.

Seguí mi camino
por la serranía
pensativo y triste,
contando en la vida
una ilusión nueva
que al nacer moría;
y ya divisando
con su verde quinta
á las casas blancas
de "La Coronilla",

suspiré pensando
en aquella china,
si, cual sol hermosa,
cual venado arisca;
y á la tarde triste,
y al sol que se iba,
les dije en secreto
con voz dolorida:
por volver á verla
¡cuánto no daría!

UN PARTE

Marchaba el ganado
con trote ligero,
levantando polvo
del trillado suelo;
y alegre lo arreaba
el mozo tropero,
silbando bajito
un aire de cielo.

Al llegar á un paso
detuvo el arreo
para que la tropa
tomara un resuello.
Salvando las aguas
sobre pies de fierro,
aéreo alambrado,
pasaba el telégrafo
de vibrantes hilos
y aisladores huecos

en forma de orejas;
y al verlo el tropero
pensó sin malicia,
al chasque de fierro,
que iba hasta su pago
de los Cinco Ceibos,
pedirle un servicio
de buen aparcero.
Acercó el caballo,
y como en secreto
hablóle así al poste:
"Oiga, compañero:
dígale á mi china
que le mando un beso,
un abrazo fuerte
y muchos recuerdos;
dígale que vivo
con su pensamiento,
y que no se aparta
de mí ni en los sueños.
Y á mi madre vieja
dígale, aparcero,
que no esté afligida,
porque sigo bueno
y, si Dios me ayuda,
volveré contento
á darle un abrazo
antes de San Pedro."

Apartando el flete
del poste de fierro,
murmuraba el mozo:
"Gracias, aparcero;
si algo se le ofrece,
Yo soy Juan Areño,
y tiene su casa
en los Cinco Ceibos."

. . . .

Y con un silbido
y dos revoleos,
la tropa apurada
pasó casi en seco
el angosto cauce;
y en el polvoriento
camino, dejando
un leve reguero,
siguió al trote corto
con rumbo á unos cerros.

Alegre la arreaba
el mozo tropero,
silbando bajito
un aire de cielo.

AGUACERO

Costeando la serranía
por una senda trillada
iba el paisanito Juan
en dirección á "Los Talas",
rebosándole el contento
y con la ilusión en ancas.

Era un redomón cebruno
el caballo que montaba,
de esos que van en el aire
sin señalar las pisadas;
y el mozo con ilusión
rumbear solo lo dejaba.

Después de una corta ausencia
iba á saludar á Chana,
la moza más consentida
de su pago de "Los Talas",
la que en bailes y reuniones
á todo envite escarceaba
y tenía sin sosiego
á mozos y viejos jacas.

Un montecillo de sauces
la angosta senda flanqueaba;
lejos, en un pedregal,
se erguían rechonchos talas,
y campo abajo, en el valle,
espeso monte ocultaba
al arroyo que dormía
roncando entre las barrancas.
Por la pastosa llanura
los ganados merodeaban;
moviéndose lentamente,
blanquecina marejada
las ovejas parecían;
los caballos escarceaban
recorriendo vagabundos
las lomas y las quebradas;
y los vacunos tranquilos
y soñolientos rumiaban.

El cielo se puso oscuro
como una bóveda ahumada;
pasó en rachas viento tibio
sacudiendo hojas y ramas;
y la lluvia cayó en gotas,
grandes, iguales á lágrimas,

dejando el suelo rociado
como sala de campaña
antes de empezar el baile.
Las nubes corrieron rápidas,
el viento sopló más fuerte,
y la tormenta cargada
de relámpagos y truenos
se fué llevándolo en ancas,
á visitar otros pagos,
mientras la tierra mojada
despedía olor de polvo
lo mismo que cuando pasa
tropa que deja reguero
al salir de una picada.

El mozo siguó el camino
sin sentir viento ni agua.
En la pelusa del poncho
algunas gotas temblaban
como el rocío en el trébol
al despertar la mañana;
y el pingo al pisar ahora
leve huella señalaba,
escarceando en balanceo
con mucho ruido de plata.

Recostado en una loma
un rancho se divisaba,
con techo de airosa quincha
y las paredes blanqueadas.

Juan creía ilusionado
que su china lo esperaba
impaciente, y siguió alegre,
hasta llegar á la casa.

Nadie salía á recibirle;
y sólo el perro ladraba
tironeando la cadena,
cuando él desde la ramada
gritó fuerte: "Ave María",
recalcando las palabras.
. . . .

Pasó un momento muy largo
con sabor de cosa amarga,
hasta que se abrió la puerta
y asomóse una muchacha
de cara fresca y risueña,
con ojos llenos de gracia,
de esos que al mirar alegran
la vida más apenada.

— "Al fin mis ojos te ven
(dijo Juan al divisarla);
en tu ausencia no he vivido
y al verte quedo sin habla."

Ella contestó burlona:
— "Sé que no le falta labia
para zalamero y falso;
guarde esa miel de palabras,
porque se hace empalagosa
hasta la de lechiguana
cuando se prueba á menudo.
Sé por los caminos que anda:
cuéntele eso de la ausencia
á Mariquita la vasca;
y si usté es tan presumido
que hace de la vaina tarja
para contar las conquistas,
puede ir haciendo otra raya,
pero raya de desprecio
y.... ¡la inocencia le valga!"
Y la moza consentida,
soltando una carcajada,
cerró de golpe la puerta,
mientras Juan, que la escuchara
asombrado y sin aliento,
dijo con la voz ahogada:
— "¡Adiós prenda de mi vida!

¡Adiós ilusión del alma!
¡Por tí he perdido el sosiego
y así con burlas me pagas!"

. . . .

Y al desandar el camino
volviendo para su casa,
iba el paisano triste,
llevando al despecho en ancas.

SERENATA

Ya el verano alzó el vuelo
para otros pagos,
y se viene el invierno
tranqueando largo.

Los pájaros del cielo,
como otros años,
buscan sus compañeros
y van volando
en procura de vientos
más moderados.

Sólo nosotros, prenda,
aquí penamos,
sin poder en pareja
también alzarnos.

Pero si tú lo quieres
en mi caballo,
que al pisar ni la huella
deja en el campo,
cruzaremos la sierra
muy abrazados....

¡Ay! decídete, prenda,
que ya mi rancho
con las puertas abiertas
te está esperando.

LA TRILLA

Era en el verano,
en tiempo de trillas,
y cuando en las eras
los trigos rechinan
bajo las pisadas
de yeguas ariscas.

En un vallecito,
entre dos cuchillas,
estaba la chacra
de las tres Marías,
con ranchos de adobe
de elegante quincha,
corrales de palo
y poblada quinta.

De la chacra aquélla,
montada á la antigua,
más que los trigales
las mozas valían;

y eran tres estrellas
esas tres Marías
que á la casa daban
nombre y alegría.

Los mozos del pago
á la golosina
de las tres muchachas
como moscas iban;
y en toda faena
de siega ó de trilla,
sobraban ayudas
de galantería.

Las parvas doradas
se muestran altivas,
y por todo el campo
se ve todavía
rastrojo del trigo
que cedió la espiga
al corte filoso
de curva cuchilla.

Ya la era estaba
llena de fagina
al entrar las yeguas
ligeras y ariscas,
que en tropel galopan
destrozando espigas,

y el grano dorado
salta como chispas
bajo el sol ardiente
que da luz al día.

Golpes y silbidos
siguen la tropilla;
las espigas crujen,
las yeguas relinchan;
traen de las parvas
sin cesar gavillas;
y en aquella brega
de sol y fatiga,
cantares alegres
brotan entre risas.

A la yegua, yegua,
la yegua madrina,
pónganle un cencerro
á ver si repica.

Mientras doy azotes
y corro en la trilla,
unos ojos negros
me roban la dicha.

A la yegua, yegua,
la yegua petiza
pónganle un sombrero
que sea de pajilla.

Más que el sol ardiente
tienen luz y brillan
los ojos de fuego
de una linda china.

La yegua turraja
tan ligera pisa,
que correr parece
por campo de espinas.

Corre, corre, yegua,
trilla, trilla, trilla,
que hay aquí muchachas
como soles lindas.

En torno del cerco
las mozas bonitas
en grupo animado
la faena miran;
á cada piropo
contestan con risas,
y cambian miradas
que despiden chispas,
con los trilladores
que á veces se arriman
á hablar, apoyados
sobre las horquillas.
Mientras que los viejos
de la casa atisban,

para que no haya
más que miraditas
y no se propase
alguno á cosquillas.

Que pare la rueda,
de pronto se grita:
una yegua gorda
aumentó la cría;
y se ve un potrillo
que apenas camina
flojo y tembloroso,
entre la tropilla.
— Si es una potranca
la crío guachita —
dice vergonzosa
una mulatilla
que acarrea mate
desde la cocina.

Mientras en la era
se sigue la trilla,
andan en las casas
en otras faginas,
en preparativos
para la comida.
Las mozas amasan
con la flor de harina

pasteles de hojaldre
con dulce y natilla,
tortas, empanadas
y otras golosinas;
y el locro sabroso
se hace en la cocina
con la mazamorra,
chatasca y humita.

Al caer la tarde
terminó la trilla;
se hicieron honores
á buena comida;
y después los mozos,
sin sentir fatiga,
armaron el baile
á la moda antigua:
pericón y cielo,
no vals ni cuadrilla.

Como en todo baile,
eran preferidas
las tres de la casa,
las tres morochitas;
y eran sus *piscoiros*
tantos como espigas
de trigo se juntan
en una gavilla.

Cuando en la siguiente
mañana se iban
los mozos del baile,
¡cuánta flor marchita
quedaba en la sala;
y cuántos que habían
perdido el sosiego
por las tres Marías,
llevaban más penas
que contento y dicha!

En esa mañana
la ligera brisa
levantaba nubes,
nubes amarillas
de polvo de paja
quebrada y molida
por cascos livianos
de yeguas ariscas.

SERRANA

(A Salvador Rueda).

Camino de sierra,
entre Rocha y Minas,
ví yo una muchacha
de cara tan linda,
que al verla cualquiera
sin duda diría:
¡Bien haya tu madre,
morocha bendita!

Bajando la sierra,
al mediar el día,
de calor transido,
con sed y fatiga,
llegué hasta una casa
que cerca veía.
Desde la tranquera
grité: "¡Ave María!"

y una voz de moza
dijo: "Concebida
sin pecado.... ¡baje!"
La voz prometía
gracia y hermosura,
y no fué mentira,
porque una muchacha
salió, tan bonita,
que al pensar en ella
el alma suspira.
Trigueña su cara,
algo rosadita,
como fruta verde
cuando recién pinta;
los ojos iguales
á los de Mandinga
por el color negro
con luz que encandila;
larga cabellera,
también renegrida,
y en ella un manojo
de aljabas y achiras.
Muy almidonada
la pollera lisa,
y ceñido al busto
un chal de espumilla.

*
* *

Pedí un vaso de agua
con voz conmovida,
y la linda moza
en una jarrita
el agua me trajo,
tan clara y tan fría
como la que brota
de vertiente viva.
Al darle la jarra
á la morochita,
— "Mil gracias (le dije):
la sed que traía
con el agua fresca
usted me la quita;
pero llevo otra
de esta travesía."
Y ella con rubores
que la hacían más linda:
— "Usted las merece,"
contestó sencilla.

Viendo que suspenso
no me resolvía
á seguir la marcha,
agregó en seguida:
—"Usted no es del pago:
¿tiene aquí familia?"
Y cuando le dije
hacia dónde iba,
y que era pueblero....
—"Ya me parecía,"
contestó risueña;
y después, con prisa,
cortó un clavel rojo
de una mata fina,
y al dármelo dijo
huyendo mi vista:
—"Lleve una memoria
de esta travesía."

Cuando me volví,
desde la cuchilla,
divisé asomada
á la morochita
sobre unos terrones,
detrás de la quinta

*
* *

Dice un cuento antiguo
que en terrible liza
con fiero gigante
un mozo vencía
porque en el reposo
diéronle agua fría,
una flor, y de una
muchacha bonita
el beso más dulce
que la miel de avispas.
En mi cuento sólo
hay flor y agua fría,
porque más no hube
de la morochita
que ví en la sierra
entre Rocha y Minas.

LA INVERNADA

(Al doctor Francisco Durá).

Ya del invierno frío
soplan los vientos,
y anuncian á la escarcha
los aguaceros
que caen penetrantes
sobre los techos,

Camino de invernada
van los troperos
arreando los novillos,
flacos y hambrientos,
ansiosos de los pastos
verdes y tiernos
que ven en lejanía,
como reflejo
que la pupila guarda
de los potreros.

Ya los campos nativos
y sus rodeos
se han perdido á la vista
lejos, muy lejos;
ya no se ven las casas
ni el arroyuelo
que corre entre masiegas,
sauces y ceibos.

Parece que las reses
fueran mugiendo
ausencias y tristezas:
que en sus adentros
hasta las bestias tienen
sus sentimientos.

Hay años juveniles
en su recuerdo,
y hay familia y cariños,
los del rodeo,
que los novillos miran
irse perdiendo
en unas sendas largas
y sin regreso.
Recuerdan de los campos
de pastoreo

las gramillas sabrosas
y el verde trébol;
recuerdan de las madres
el tibio aliento
y el calor que les daban
en el invierno.

Y si adelante miran
el rumbo incierto,
acaso los novillos
van presintiendo
que el engorde futuro
del pastoreo
más pronto hará que vayan
al matadero.

Así marcha la tropa
con paso lento,
sin que los arreadores
le den resuello.

También sienten nostalgia
los tres troperos,
porque empapada llevan
con el recuerdo
la mente soñadora;
y el pensamiento,

salvando la distancia,
llega á un ranchejo
donde una china llora
su alejamiento.

Y piensan que esas noches,
largas, de invierno,
es muy lindo pasarlas
cerca del fuego,
tomando mate amargo
y oyendo cuentos
de duendes y gigantes,
hasta que el sueño
los ojos va cerrando,
y en el sosiego
en que los campos duermen,
tan sólo el viento
silba, mientras se lleva
pajas del techo
y como fieles guardias
ladran los perros.

Pasan por la memoria
de los troperos,
de las casas lejanas
tales recuerdos.

Acaso en esa hora
algún pergenio
correteador de campos,
vivo y travieso,
igual á las cachirlas
y teruteros,
por imitar al padre
hace remedos
de habilidad y fuerza
como campero,
jinetea potrillos,
piala borregos,
ó con la majadita
vuelve al rodeo.

Hasta el viento parece
que lleva un eco
de los cantos de ausencia,
cantos de cielo,
de la moza que ansía
ver á su dueño.

Algunos de golilla
llevan pañuelos
que les dieron sus prendas
como recuerdo,
cuando al partir, llorando
se despidieron.

Al verlos ellos sienten
pasar el tiempo
ligero como paja
que lleva el viento,
y murmurando tiernas
frases de afecto,
en la prenda deponen
ardientes besos.

Asciende de la tierra
grato sahumerio,
y sienten los novillos
olor de trébol.

Los campos de invernada
ya no están lejos,
y la marcha se sigue
con más aliento,
mientras el sol se oculta
detrás de un cerro,
luciendo como un santo
nimbo de fuego.

AUSENCIAS

Cuando cierro los ojos
mi linda china,
vuela mi pensamiento
por las cuchillas
y llega hasta tu pago,
que es mi alegría.

Un suspiro del viento
que te acaricia
es suspiro de mi alma,
que no halla vida
si la luz de tus ojos
no la ilumina.

Las hojas que el Pampero
lleva marchitas,
si al pasar por tu casa
se arremolinan,
es porque van en ellas
memorias mías.

Si las enredaderas,
que son cortina
de tu ventana, á veces
gotas destilan,
recógelas: son ellas
lágrimas mías.

Los pájaros que cantan
al nuevo día;
las aguas del arroyo
donde te miras:
todo ha de recordarme
si tú me olvidas.

Ya mi caballo ansioso
se insubordina
y á la querencia quiere
que lo dirija,
sabiendo cuánto peno
por ver mi china.

Prenda del alma,
vuelve la vista
al rumbo de los sauces,
y si divisas
un jinete que vuela,
piensa en mi dicha.

LAS CUCHILLAS

(A Zorrilla de San Martín).

De la ciudad y su afanosa vida
huye mi pensamiento con nostalgia
de los campos paternos y el recuerdo
con ilusión mi espíritu reanima.
Creo mirar de la campaña amada
esa línea ondulante de las lomas
que señala horizontes engañosos
y el paisaje variado y pintoresco,
que poco á poco muestra sus encantos.

La tierra ante mis ojos tiene forma
de cuerpo que se mueve voluptuoso,
de carne que palpita y se estremece
al sentir la caricia que la halaga....
Una impresión parece que conserva
del agrado de Dios, cuando en el génesis,
halló buena su obra y la bendijo.

En Primavera y en Otoño, el trébol
y la gramilla que retoñan, hacen
las lomas verdear. En el verano,
la flechilla reseca, y agitada
por la brisa, parece que blanquea
y recuerda á la escarcha; en el invierno
tiene tintes violáceos y negruzcos
el pastizal quemado por la helada.
Y siempre, en todo tiempo, se alza altivo,
señor de las cuchillas, el cardal
con sus coronas rústicas de flores.
En las cañadas y en los bajos crecen
las ásperas cardillas, las masiegas,
paja brava, espadañas y totoras.
Bajan de las cuchillas murmurando
arroyos de aguas claras y serenas
y se agachan los árboles del monte
para verlos pasar en las barrancas.
Cual solterón, aislado y solitario
el ombú se levanta en las mesetas,
y en el blancuzco pedregal arraigan
los talas, canelones y espinillos.

Cuando la tierra de mañana alienta
y las plantas exhalan el rocío
que semeja neblina vaporosa,

un mar se cree mirar en las cuchillas,
con olas en vaivén bajo la niebla.
Y en la hora tan triste de la tarde,
cuando se oculta el sol tras de las lomas
dejando el horizonte enrojecido,
parece que á dormir baja á la tierra
y que tiene con ella sus amores.
Se levantan rumores misteriosos
y entre las sombras palpitar se siente
la vida que descansa fatigada:
Balidos tristes, píos temerosos
de las aves que buscan su refugio;
el grito penetrante de los grillos,
graznidos pavorosos de lechuzas
y ruidos de alimañas que se arrastran
viles como ladrón en las tinieblas.

En los tiempos lejanos del Charrúa,
el esbelto venado y los ñandúes
de andar ceremonioso y desgarbado
paseaban las cuchillas cual señores;
y señores de todo eran los indios
que armados con la flecha voladora
y la bola de piedra, no temían
más que á los genios de su fe confusa.

Más tarde, gente nueva alzó sus casas
en las cuchillas y cubrió el ganado
como una inundación valles y lomas.

Como el cielo, los campos eran libres
y en ellos el gauchaje se formaba
brioso, altivo y con amor al pago,
ensayando sus fuerzas y coraje
para dar á la tierra independencia.

Flamear se vió después con alegría
una bandera que del cielo tiene
colores y pureza inmaculada;
los gauchos con sus lanzas la siguieron
hasta borrar el rastro de opresiones
y señalar fronteras á la Patria.

Pasan por la cuchilla otros guerreros,
y apenas se distinguen por divisas
que el tiempo descolora y torna iguales
como cruel ironía del destino....
¡Yermos, taperas, cruces, luto y odios,
recuerdos son de estériles contiendas!....

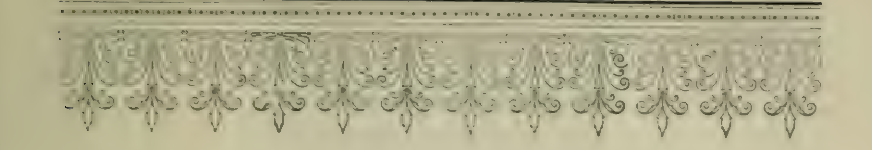
El alambrado dividió los campos,
escaló las cuchillas el telégrafo,
anunciando al progreso y otra vida;
pasó el ferrocarril, y su camino
con hierro señaló sobre la tierra.

En los llanos, trigales abundantes
beben la luz del sol en el verano.
y en las trillas como oro se desgranan.
Las viñas con sus jugos deliciosos,
los tabacales de venosas hojas,
crecen en las laderas y en los bajos.
Los pozos artesianos de la tierra
las venas han abierto y corre el agua
como precioso riego por los surcos.
Se alza una raza nueva en las cuchillas,
y en el cielo uruguayo como aurora
despunta un porvenir de paz fecunda,
mientras la cruz del Sur sigue augurando
felicidad y glorias infinitas.

II

CAMPERAS Y SERRANAS

(2.ª Serie - 1895-1900)



SERRANA

Cuando te recuerdo
mi linda serrana,
creo que respiro
brisas de la sierra
y se alegra el alma.

De aquel rinconcito
donde está tu casa,
recuerdo la "isla"
de sauces y talas,
que es, como del monte,
la guardia avanzada;
recuerdo la senda
que trepa la falda
y en noches obscuras
sabría encontrarla;
y aquella vertiente

de agua fresca y clara
que tus ojos negros
tienen encantada
desde que piadosos
quisieron mirarla.

Ella desde entonces
canta tu alabanza
y enseña á los pájaros
que por allí pasan
á cantarte amores
todas las mañanas.

Yo, por la vertiente
feliz me cambiara,
por verte, tan sólo,
mi linda serrana;
y más feliz fuera
si nunca á tu casa
hubiese llegado,
si en ella no hallara
á cierta morocha;
y si una guitarra
no tocase un "cielo"
y no lo bailara
la misma morocha
que en la madrugada

le dió al despedirse
una rosa blanca
que tenía en el pecho,
mientras murmuraba
dichosa promesa
jamás olvidada,
por aquel pueblero
que tu ausencia extraña
y á la sierra quiere
volar con sus ansias.

EL PAÑUELO COLOR MORDORÉ

(A Gregorio S. Sánchez),

"Mordoré, nunca lo veré."
(Dicho popular).

Los viejos del Durazno
saben muchas historias
en que andan enredadas
las chinas de San Borja;
la de detrás del rancho,
más que inocente tonta,
la de un robo de choclos
traviesa y retozona;....
pero aunque todas sean
historias muy sabrosas,
acaso con la mía
vencer pueda á las otras.
Ignacia se llamaba
una arrogante moza
de sangre misionera,
mimosa y regalona,

escasa de palabras
y para hablar cantora.
Cuando algún forastero
pasaba por San Borja,
si conocer quería
las chinas más hermosas
á Ignacia le mostraban,
que valía por todas.
Pero era moza esquiva,
y aunque torpe de boca,
cuando algún cumplimiento
pasaba de lisonja,
bien contestar sabía
—*"A mí no gustan bromas!"*
También su lengua era
ladina y decidora
cuando á Miguel veía,
Miguel, indio macota,
campero como él solo
y de fama notoria
como cantor de décimas,
y bailarín de polkas.
Ignacia lo quería
y él la llamaba *novia*
desde que la muchacha
usaba falda corta;

hizo verdad el tiempo
lo que empezó por broma,
y la pasión en ambos
echó raíces hondas;
aunque las agoreras
chinas que había en San Borja,
nunca augurios felices
hicieron á la moza,
porque "la que es bonita
nace con mala sombra".

Miguel pasó una tarde
á cargo de una tropa
que á la ciudad debía
llevar sin perder horas;
Ignacia á saludarlo
salió muy *paquetona,*
risueña y como nunca
hermosa y tentadora.
Cuando se despidieron
ella estaba llorosa;
Miguel enternecido
y con la voz temblona,
le dijo: — "Vamos, china,
no quiero verla floja,
¿qué quiere que le traiga
de vuelta de la tropa?

"Traime cariño, traime," —
le respondió la moza.
— "Eso no hay que pedirlo
y no es pura lisonja
decirte que en el pecho
el corazón se ahoga".
— "Bueno, un pañuelo, traime,
que diga *Sos mi gloria,*
pa usarlo de golilla
y así lo vean todas
como un abrazo tuyo
que ni la muerte afloja!"

Pasaron muchos días;
los árboles sus hojas
perdieron, y los vientos
de otoño hasta San Borja
llegaron murmurando
ecos de tristes cosas.
Llegó también un mozo
que con Miguel la tropa
á la ciudad llevara
y él refirió la historia,
como perdió la vida
aquel indio macota:
Después de una jugada,
en que la suerte loca

estuvo de su parte,
le dió muerte alevosa
un jugador de *estrangis*
por desquitar sus onzas;
pero antes que muriera
Miguel para memoria
mandar quiso el pañuelo
prometido á su novia,
de color mordoré
con lema *Sos mi gloria*....

Cuando más tarde Ignacia
salió de su congoja,
al mirar el pañuelo
dijo con la voz ronca,
con el rencor de china
brava y supersticiosa:
Pañuelo mordoré
por vos perdí mi gloria.

MARAGATA

(A Julio C. Cantera).

I

"Maragata, blanquilla,
de trenza larga,
¿por qué más que tu boca
tus ojos hablan?....
Y pues que no he podido
verte en la plaza
y que paso y repaso
por tu ventana,
sin que pueda decirte
todas mis ansias;
devuélveme el sosiego
que perdió el alma....
Así cantaba un mozo,
de madrugada,

delante de la reja
de una muchacha
hermosa, como dice
la antigua fama
que son entre las criollas
las maragatas.

Silencio hay en la calle
como en la casa....

Al compás del rasgueo
de la guitarra,
canta de nuevo el mozo:
"Ay Maragata,
desde que aquella tarde
de fiesta patria
te ví pasar soberbia
porque llevabas
un vestido celeste
con moñas blancas,
vivo desesperado
sin paz ni calma...."
No responde ni el eco:
pero las ranas
en un charco lejano
burlonas cantan.

II

Para hacer verdaderas
las alabanzas
que siempre han merecido
las Maragatas,
en San José de Mayo
nació Mariana,
pimpollo de hermosura
que no igualara
ninguna Sanducera
ni Mercedaria,
si tan envanecida
no se mostrara
y más pródiga fuera
de sus palabras....
Por eso Reginaldo
se lamentaba
delante de su reja
de madrugada;
Reginaldo, que ciego
le perdonaba
que hasta *blanquilla* fuera,
porque Mariana

al vestir de celeste
claro mostraba
que en el partido al mozo
le era contraria.

III

Una noche de baile
la Maragata
esquiva y desdeñosa
se presentaba.
Ay! como no quererla
si su mirada
con una luz del cielo
se iluminaba,
si su trenza más negra
que la desgracia
era y más que de amante
la ausencia, larga;
y en su boca chiquita
gloria brindaba.
Vestida de celeste
con gasas blancas,
gentil y vaporosa,
¿quién no pensara
que era la imagen viva
de nuestra Patria:

Criolla altiva y hermosa
sueño del alma,
forma ideal, fingida
por la esperanza!....
Se acerca Reginaldo
turbado á hablarla;
ella lo escucha atenta,
también turbada.
Él le dice: — "He venido
sólo á mirarla,
si es que el sol mirar puede
la vista humana."
Contesta ella risueña:
— "Le doy las gracias
porque son de enemigo
buenas palabras."
Habla de nuevo el mozo:
— "La suerte ingrata
ha querido probarme:
quiero á una *blanca;*
¿quién sabe si el destino
no nos señala
para hacer de los bandos
estrecha alianza?
¿no me acepta esta rosa
que es *colorada?*"
Decidida recibe

la flor, Mariana,
y en su trenza la pone;
luego con gracia
saca un jazmín del cabo
de entre las gasas
y se lo da, diciendo:
"Si esta flor habla
le dirá lo que piensa
de madrugada
una cierta *blanquilla*
de trenza larga
en quien más que la boca
los ojos hablan...."

IV

Al salir de la misa
del día de Pascua
se agitan en el atrio
las Maragatas:
Es que Mariana sale
con su arrogancia,
con su aire desdeñoso
de soberana
y en el pecho dos rosas
bien coloradas!

CHACARERA

(A Manuel Herrera y Reissig).

Allá por Canelones
la región de los trigos,
y en una de las chacras
que miran al camino
por donde comunican
Pando con San Jacinto,
nacida de canarios,
labradores y ricos,
hay una buena moza
de pelo renegrido,
trigueña, de ojos grandes,
de andar noble y altivo
y de lenguaje dulce
con dejo muy castizo.
Sus padres le pusieron
Camila en el bautismo;
pero "La Chacarera"
la llaman los vecinos
y este nombre prefieren
por ser despreciativo.

En la región no hay moza
que al ruedo del vestido
llegue á la Chacarera
que baila de lo fino
viste como una dama,
canta varios estilos
y en formándose rueda
de prendas y acertijos
sabe decir primores
como doctor ladino.

Bien sus méritos saben
galanes presumidos
que en bailes la asediaron
y que luciendo el pingo
delante de su puerta
trillaron el camino;
pero mejor los sabe
un joven paisanito
de nombre Juan Antonio.
que vive en Solís Chico
y por la Chacarera
exhala hondos suspiros
desde que una mañana,
cerca de San Jacinto,
la halló, cuando volvía
de misa de domingo.

El mozo fué una tarde
á hablarla decidido;
apeóse del caballo
y se acercó intranquilo
á la ventana abierta,
del lado del camino,
donde la hiedra había
su red entretejido
junto con madreselva
de perfume exquisito.
Allí estaba Camila
bordando en canutillo,
pero muy á menudo
mirando hacia el camino
cual si esperara inquieta
un algo presentido.
Al ver á Juan Antonio,
turbóse y un suspiro
fué única respuesta
á su saludo tímido.
El mozo, más resuelto
y de la reja asido,
habló: — "Si usted perdona,
mi atrevimiento, ansío
decirle que no puedo
vivir más como vivo
desde cierta mañana

alegre de domingo
en que encontré una reina
gloriando este camino.
Yo reinas no merezco,
y así tan sólo pido
que contemplarla pueda
lo mismo que un cautivo."
Camila ruborosa
respondió: — "Si es amigo
el que á mi reja llega
no puede ser cautivo;
ó si es cautivo ahora
antes me fué enemigo."
—"¡Enemigo! profiere
el mozo conmovido,
si el sol puede tenerlo
ó nuestro San Isidro....
pero ¡ay! tenerlos deben
los ojos renegridos
que hieren y se esconden
para mayor castigo."
Los ojos de Camila
miraron con más brillo,
detrás de las pestañas,
y el mozo enardecido
creyó le prometían
su ansiado Paraíso.

Continuó balbuciente:
— "Dígame si conmigo
tendrán menos rigores
esos ojos que miro
como se mira el cielo!....
Yo volveré el domingo,
y si en esta ventana
veo desde el camino
atado ese pañuelo
del color de los trigos,
diré que para mi alma
el sol habrá salido;
vendré á ver á los viejos,
y pronto, otro domingo,
al pueblo iremos todos
y al cura, mi padrino,
le diré que bendiga
á la flor de los trigos
con este cardo seco,
y cuando aquel rocío
del cielo nos conceda,
yo no sabré si vivo
en el mundo ó la gloria
me ha dado San Isidro."
No respondió Camila
más que con un suspiro;

pero extendió la mano
al mozo, y encendidos,
los dos, se prometieron
un amor infinito.

Y cuando en la mañana
del siguiente domingo,
pasaba Juan Antonio
con rumbo á San Jacinto,
flamear vió en la ventana
el pañuelo amarillo.

LA CHINA DE LAS TRES ESQUINAS

" Mañana por la mañana
me voy á las tres esquinas
á tomar un mate amargo
á la casa de mi china."

(Popular).

—"¿*De ande* buen mozo
tan de mañanita?"
preguntó la vieja
misia Rosalía,
desde la ventana
de cierta casita
de color celeste
en donde vivía
una buena moza
que era conocida
hasta en la frontera
por la linda china
de las tres esquinas.

—"Vengo á visitarla
misia Rosalía"—
respondió cumplido
el mozo que iba
en un flete oscuro
de muy buena pinta;
y agregó al apearse
—"¿Cómo no vendría
con el sol á verla?
si el alma y la vida
tengo en esta casa
de la linda china
de las tres esquinas."

La vieja risueña,
llamó fuerte: —*"Mijá"*,
y vuelta hacia el mozo,
que estaba *en espinas,*
le dijo: —"Ya sabe
que aquí no se estilan
esos cumplimientos
cargados de almíbar;
déjelos afuera
y aclare la vista
para no engañarse
al ver á la china
de las tres esquinas."

Apenas el mozo
entró en la salita
y cruzó la pierna,
llegar vió á la china
que aunque se vistiese
con telas sencillas
y se presentara
bastante encogida,
la fama de hermosa
no desmerecía....
¡Ah china macuca,
la sabrosa china
de las tres esquinas!

Un mate llevaba
de los con boquilla
y se lo dió al mozo
con una sonrisa:
—"*Amargo*", le dijo.
—¿Amargo? no diga!
si usted lo ha cebado,
más dulce que almíbar
lo hallará mi boca
que hace tiempo ansía
un dulzor más rico
que guarda una china
de las tres esquinas."—

Y como la moza
callara, encendida,
agregó, poniendo
más cerca la silla:
"Bien haya quien puso
el trigo en la espiga,
la fruta en el árbol,
agua en las cachimbas,
y en tus ojos negros
la luz de mi vida.
¡Ah, prenda del alma!
mi querida china
de las tres esquinas!"

. . . .

. . . .

Y cuando aquel mozo
al tranco volvía
á la Unión, que alzada
sobre la cuchilla
luces y fogones
á un tiempo encendía;
suspiros y besos
confiaba á la brisa,
y risueño, á ratos
la cara volvía,
soñando que en ancas
llevaba á la china
de las tres esquinas.

LA PICADA

Fué allá por la costa
del Sarandí Chico,
pasada la siesta
y cuando los grillos
lanzan su metálico,
estridente grito.
Iba Roque Luna,
como distraído,
gacha la cabeza,
cantando bajito
y sueltas las riendas
de su " doradillo ",
rumbo á la laguna
del "baño escondido",
cuando entre las matas
surgió lo imprevisto,
la vieja Casilda,
que irónica dijo:
"Adiós, buena pieza,
¿no sabe el camino?"

Se detuvo el mozo
y ya confundido
respondió: "No es eso,
voy á lo de Isidro
y busco *picada*
porque está crecido
este arroyo diablo,
¿no me da permiso?

—"¡Cómo no, mi vida?
si le he conocido
la intención; al baño
rumbeaba mansito
á espiar las muchachas;
pero se ha.... perdido...."
—"Oiga, *ña* Casilda,
voy á lo de Isidro,
por esta.... ¿se ríe?
también yo me río.... —
y riendo, de pronto,
soslayó su pingo
y hacia la laguna
quiso dirigirlo;
pero ña Casilda
se había prendido
de la rienda, y brava,
se encaró y le dijo:

"No se me haga el loco,
y tuerza el camino....
¡vaya con el hombre!
ha tomao, de fijo,
flor de camalote
y está revenido...."

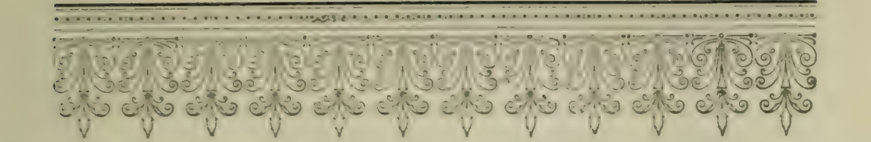
Aun el mozo un ruego
dirigirle quiso;
mas fué todo en vano
y con gran fastidio
gruñó á ña Casilda:
—Adiós, vieja erizo,
ojalá te vea
con nietos guachitos"—
y cambió, rabioso,
de rumbo y camino
mientras que la vieja,
irónica dijo:
—"Queda más abajo
la picada, amigo,
y podrá bañarse
allí muy tranquilo.
¡Buena falta le hace,
aunque esté muy limpio!"

Ya el mozo iba lejos;
pero á sus oídos
llegaron bien claros
risas y chillidos
de las dos chinitas
que lo habían visto
al salir alegres
del "baño escondido".
Con rabia, la espuela,
clavó al doradillo,
y al pisar el agua
despechado dijo:
"La vieja es terrible
como basilisco;
pero yo soy zonzo
y me ha conocido."

III

POESÍAS DIVERSAS

(1894 - 1911)



EL NOVILLO

(Al general don Bartolomé Mitre.)

¡Pobre novillo que ve perdidos
todos los goces, todas las dichas!
Ardiente marca ha quemado
su cuero de pelo luciente,

Tajo implacable, feroz y frío
le ha separado del amoroso
rodeo, sólo le queda
en la vida el trabajo y la muerte.

Desesperado corre hacia el monte
dejando leve huella sangrienta
y lo persiguen las carcajadas
que el eco á su paso repite....

Hasta en el monte suenan las burlas,
de los chajáes y las cotorras
y el novillo muerde, rabioso,
su espumosa lengua colgante.

De su guarida mira más tarde
bueyes que labran mansos la tierra
ó las carretas conducen
que al rodar se quejan y chillan.

En empastado potrero verde,
un toro ardiente, su amor revela
á tierna vaquilloncita
que muge y temblando se entrega.

Un polvoriento tropel más lejos
y otros mugidos, no ya amorosos,
sino apenados y tristes
señalan paso de tropa.

Tropa que llevan al matadero,
á la lejana ciudad, que apenas
ha de entrever el ganado
del lugar temido de muerte....

¡Pobre novillo que ve perdidos
todas las dichas, todos los goces!
Mira los pastos del valle
con hambre y sed de ocho días;

Ya la gramilla tienta sus ansias,
como las aguas de la vertiente;
pero el dolor es más grande
y el novillo dobla las patas,

Cae y se acuesta bajo la sombra —
mientras exhala la vida en hipos,
sus ojos tristes se cierran:
ha soplado en ellos la muerte.

MADRIGAL

Disipados sus fáciles enojos,
Yo la miraba en los hermosos ojos,
Y una luz ví brillar en lo más hondo
De la retina, cual se ve en el fondo
De transparente y plácida laguna
El pálido reflejo de la luna.
—Amor mío, le dije alborozado,
Del alma ya el camino está aclarado
Por esa luz que tienes encendida
En los ojos que dan y quitan vida.—
Ella sonrió, esquivando la mirada
A la mía, que cerca, apasionada,
Buscaba aquella luz que se perdía
Como una estrella al despuntar el día....
Mas de pronto los labios se encontraron
Y los ojos á un tiempo se cerraron.

LIED

—

Dijo la fuente al río:
—“¿Adónde vas inquieto?
” Detente y te prometo
” la dicha al lado mío.
” En mí se mira el cielo
” y vienen las doncellas
” á ver si son tan bellas
” como es su gran anhelo.”
Responde la corriente:
—“Son tus conjuros vanos;
” tenemos, aunque hermanos.
” destino diferente.
” Tú el cielo y la hermosura
” reflejas, siempre quieta,
” y yo no hallo mi meta
” mi curso siempre dura.
” Tan sólo un breve instante
” ver puedo la ribera

" y sigo mi carrera
" buscando el mar distante.
" Todo, según mi suerte,
" ha de ser fugitivo
" y apenas se que vivo
" cuando llego á la muerte."

PRIMAVERA

" Verdea la esperanza en el valle.
El viejo invierno con paso lento en
su debilidad creciente, se ha retirado
á lo más áspero de los montes."

(Goethe: *Fausto.*)

Viejo el invierno, al revés de los viejos
que siguen toda mujer, como hermosa,
huye á los montes, seguido de lejos
por Primavera, risueña y graciosa.

Brisas templadas los campos orean,
descorre el cielo su oscuro nublado
y las cuchillas alegres verdean,
¡grata ilusión del hambriento ganado!

Cantan los pájaros dulces canciones,
las mariposas revuelan, pintadas;
y cual bandada de verdes pichones
cubren las hojas las ramas heladas.

En los viñedos, resecos, nudosos,
aun de la poda feroz doloridos,
surgen cual flores los brotes sedosos
que en uvas y hojas serán convertidos.

Pronto ha de oirse el piar en los nidos,
pronto vendrá la estación de las trillas,
y de las crías los tiernos vagidos
resonarán por el valle y cuchillas.

En las mañanas, lucientes, serenas,
cuando Natura sus himnos levanta,
hierve cual sangre la savia en la planta,
bulle cual savia la sangre en las venas.

Toda la vida es amor en la tierra
y hasta el potrillo recién pelechado,
que no conoce el ardor de la hierra
retosa inquieto como enamorado.

Reja por medio, dos novios se miran
hasta cegarse sus ojos llameantes,
de Primavera las auras respiran
y se enardecen sus almas amantes.

Es en la hora que el sol á la tierra
da un largo beso de luz, al perderse
en las tinieblas, detrás de la sierra,
como si más no tornaran á verse!....

Vuelven piando las aves al monte,
y con las luces aún palpitantes
luchan las sombras del turbio horizonte
mientras se besan los novios tremantes.

OH LABIOS....

(A Javier de Viana).

Oh labios, que buscáis en otros labios
el sabor sin igual de la manzana
que probaron los Padres la mañana
que tantos les dejó tristes resabios.

Oh labios, que lanzáis cual profecías
palabras sin vigor y sin sentido:
porque no os ha tocado el encendido
carbón que depuró los de Isaías.

Oh labios, como los de la Gioconda
en que puso un misterio indefinible
Leonardo y que presentan la temible
forma de la falaz, pérfida onda.

Oh labios, murmurando temblorosos
dolores é ilusiones en plegarias:
que hacéis pensar en naves solitarias
de templos sin altares y ruinosos.

Oh labios, sin color, secos, crispados,
que otro tiempo agitaron las pasiones
del alma con fogosas explosiones:
cráteres de volcanes apagados.

Oh labios, que la risa mueve en juegos
siempre iguales y fáciles ¿acaso
sois bordes de común impuro vaso?
¿párpados sois inquietos de ojos ciegos?

Labios en que verdades y mentiras
ninguna huella dejan é impasibles
expresan las blasfemias más terribles
como ardiente oración, gozos cual iras.

Labios, pétalos tiernos, perfumados,
de una flor deliciosa, aunque culpables
y falaces, por vuestras inefables
dulzuras seréis siempre deseados.

SUEÑOS

La Primavera vistió los campos;
trajo las flores, las mariposas,
trajo el Amor;
y entre las flores, lirios y rosas,
sueña el Cantor:

Una Princesa surgió de un lago
roto el encanto que muchos años
la cautivó
y entre rumores, vagos, extraños
se le acercó.

Puso las manos entre las suyas;
pero en los ojos ilusionados
no lo miró:
¡Ah cruel encanto, que en los cerrados
ojos quedó!

La luz intensa de la mirada,
aguda flecha que hirió de lejos
su corazón,
los de sus ojos claros espejos
buscó el Cantor.

Y al no encontrarlos, ya la Princesa
que así en los sueños como en los cantos
siempre evocó,
para el poeta no tuvo encantos;
la rechazó....

Y en aquel lago, siempre tranquilo,
entre rumores, vagos extraños,
perderse vió,
á la Esperada de tantos años,
á la Ilusión.

NOCHE ÁRABE

I

La media luna en cielo azul
su curva vuelve hacia un jardín
que se halla en lejano confín
de los dominios de Stambul;

Y mientras suena de un muezzin
eco postrero de oración
Gazur hostiga á su bridón
que al aire da la negra crin.

Cruza el desierto, rumbo al Sur
en busca del ansiado bien,
dulce anticipo del Edén
qua da el Profeta al buen Gazur.

II

Calada ojiva, donde el Sol
leyendas muestras del Corán,
sirve de marco á Sumirán,
hurí del más excelso estol.

Sus grandes ojos, de un color
indefinible como el mar,
quieren las sombras alumbrar
con los destellos del amor

III

Un ave, triste canto alzó
en la arboleda del jardín....
y Sumirán gozosa, al fin,
raudo galope oir creyó.

Buscó la luna con afán
de gratitud, mas, oh terror!
que como agüero de dolor
semeja alfanje musulmán.

Cesó al instante el galopar,
y junto con humana voz
oyóse de un bramido atroz
eco tremendo resonar.

Después silencio.... Sumirán
suspira y llora por su amor,
mientras despide el ruiseñor
á las estrellas que se van.

AL FINAL DE LA VIDA

Un poeta romántico,
al final de la vida,
sin poder olvidarse de la ingrata
que causó su desdicha,
desesperado y con suprema angustia
á Dios se dirigía:

"Un pobre corazón martirizado
por penas infinitas;
un cerebro reseco, que exprimieron
trabajos y vigilias;
unos ojos sin luz, que fatigados
sólo á lo interno miran;
unos labios que apenas conocieron
pasajeras delicias;
y todo el cuerpo enflaquecido, exhausto,
que á la tierra se inclina:
vengo á ofrecerte, oh Dios, en este instante
extremo de la vida.

Y pues que sólo el alma me reclamas,
mi pobre alma contrita,
que hasta ti llega, cual de un largo viaje
con inmensa fatiga,
te suplico que en nada le compenses
la amargura sufrida,
y la dejes vagar en este mundo
de crueldad y mentira,
con su dolor eterno, con sus penas,
pues en él todavía,
vive quien ha causado mi desgracia,
mi más grande enemiga....
Y sin ella, Señor, aun en la gloria
desgraciado sería".

DETRÁS DE LOS CRISTALES

Detrás de los cristales
en la tarde de invierno,
una joven miraba
desfilar un entierro:
El cajón era blanco,
era largo y estrecho,
y al mirarlo la joven
su triste pensamiento
evocó con angustia
un grande Cementerio
de arboledas frondosas
y horizonte de ensueño,
el del mar rumoroso
que se une con el cielo....
Allá muy en lo íntimo
de su organismo enfermo
sintió que algo sonaba
con fatídico eco,

cual cuerdas que se rompen
de un gastado instrumento
y dobló la cabeza
sobre el flácido pecho,
escondiendo en los ojos
la visión de lo eterno.

MEDIA NOCHE

Sólo, en la noche obscura y calurosa,
hasta mí llega de un cuartel cercano
la voz de un centinela, misteriosa,
y de ladridos eco más lejano.

Oigo pisadas resonantes: Pasa
con andar inseguro, vacilante
algun trasnochador, á quien su casa
cada vez le parece más distante....

Vuelve el silencio. Yo medito, en calma,
buscando en mi cerebro alguna idea
que el estado revele de mi alma,
que expresión de mi afán sincera sea.

Mas llegan de la calle otros rumores:
Ecos de una parranda bullanguera,
crujidos de botines sonadores
que con firmeza pisan en la acera:

Silbidos de los guardias, que señalan
las medias horas que transcurren lentas....
y esos mil ruidos, que parece exhalan
las cosas que reposan soñolientas....

También el sueño nubla mi pupila
que ve pasar mil sombras caprichosas,
al escribir, la mano ya vacila,
me domina el reposo de las cosas.

MARINA

(A John Christophersen).

Cubren nubes obscuras el cielo
en la tarde de Otoño tristona.
Desde el Cerro rodó, resonante,
cañonazo, á la muerte del día;
luz rosada del sol que ha ocultado
en lejanos confines su disco,
se deslíe en el pálido tono
del brumoso confuso horizonte.

En las aguas del puerto, serenas,
cabecean los buques anclados,
en balance sincrónico, lento;
fina niebla se enreda en los mástiles
que semejan ramaje de un bosque
deshojado por rudo Pampero.

Pasa un bote con luz, silencioso
y se pierde en la sombra creciente.

Se disipan los tintes rosados;
en el fondo del Cielo aparecen
las primeras estrellas inquietas
y los blancos destellos de un faro.

Cae la noche, más negra, más triste,
sobre el Cerro, las casas, las playas,
sobre usinas que exhalan las últimas
bocanadas de sus chimeneas,
sobre montes poblados de pájaros,
sobre arroyos que siguen su curso
murmurando hasta dar en el mar.

Se cree ver un paisaje del Norte,
del país de las nieblas y nieves;
que es el puerto algún fiord de Noruega,
y el rosado matiz del crepúsculo,
resplandor moribundo, postrero,
de una aurora boreal que ha brillado
en los hielos eternos del polo.

"ALTO SILENZIO REGNA"....

Hubo un largo silencio
entre los dos amantes,
un gran silencio lleno de añoranzas,
de recuerdos vibrantes
y dulces, halagüeñas esperanzas.

En el alma cantaban las memorias
de los dichosos días,
como triunfos y glorias;
lloraban sin dolor suaves tristezas,
y las melancolías
de sabrosas ternezas
eran una obsesión indefinible
de acritud dulce y áspera dulzura,
como esas remembranzas melodiosas
de músicas inciertas, caprichosas,
que acuden sin llamarlas á la mente
y forman "ritornello" persistente.

Los encuentros furtivos;
el misterioso encanto de una hora
que ya no volverá y que se colora
con los tonos más vivos
de un crepúsculo ardiente;
la duda; la impaciencia febriciente;
las sospechas falaces;
lánguidos abandonos de reposo,
brevísimos, fugaces,
en un olvido de la inquieta vida
exterior y del mundo clamoroso
que implacable persigue como Armida
con el odio al que un tiempo enamorado
á sus pies vió rendido, esclavizado....

Oh silencio admirable!
¿Quién pensara en turbarlo?

Sólo humana ilusión indescifrable
hizo que esperanzados en mudable
destino, retornaran los amantes
á la pasión antigua, vacilantes,
anhelando sentir los viejos goces
como nuevos, en una Primavera
renovadora de la vida entera,
y reavivar encantos y embelesos
de las horas inquietas embriagantes,
en la unión del Ensueño y la Quimera....

Resuenan dulces, trémulas, las voces
se oye rumor de besos....
pero pronto vendrá un nuevo silencio
que otra ilusión ha de turbar, instable,
y otra después: que no hay pasión tan fuerte
que igual, inalterable,
perdure hasta el silencio de la muerte.

HAY UNA GRAN DULZURA EN NUESTRA VIDA....

Hay una gran dulzura en nuestra vida
que aunque no esté en nosotros, siempre flota
á nuestra vista, como vela rota
y del mástil apenas desprendida.

Como una voz que extraña melodía
entonó en el misterio de una hora
de encanto; como luz de incierta aurora
seguida de un nublado y triste día;

Como alto puente de una antigua nave,
que después del naufragio sobrenada;
cual de flor un instante acariciada,
el perfume indeciso, vago, suave.

Crece, y vive la vida que vivimos,
en tristezas, en calma y alegrías,
la vemos despertar todos los días
y dormir con nosotros la sentimos.

No la alcanzamos; pero está presente
Cada vez que evocamos el pasado,
y como si estuviera á nuestro lado
ni un instante nos es indiferente.

Y unida está á nosotros de tal suerte,
que, al borrarse la luz en el poniente
de nuestra vida, ha de surgir sonriente
á disipar la angustia de la muerte.

LA MUERTE DE VERDAGUER

" Absorbe en Ti toda mi vida y que mi propia muerte se pierda en Ti. "

(Santa Gertrudis).

Dijo San Juan de la Cruz
á Jesús, en aquel día:
—Señor, ¿cuándo tu cantor
vendrá á nuestra compañía?
Yo se que muriendo vive,
muriendo por esta vida.

El buen Jesús respondió:
—Ya la hora se aproxima
en que su alma emprenderá
el vuelo que tanto ansía.
La gloria lo coronó
en los juveniles días
con el laurel y la rosa;
después corona de espinas
le tejieron la calumnia
con el odio y con la envidia;

A mí quiso parecerse
sentir en sí mi agonía,
de amigos abandonado
beber la hiel y la mirra,
cifrando sólo en el cielo
todo triunfo y toda dicha.
Y en mí, vive su esperanza,
pues supo encontrar la vía,
la que se abrió en el Calvario,
de mi corazón la herida.

—Oh Señor, ya el alma asciende
y viene cual llama viva,
hacia Vos, que la encendísteis
con el amor sin medida....
Ángeles, Santos, Espíritus,
que en el huerto de delicias
os gozáis en el Amado,
cantad cantos de alegría,
por aquél que cual nosotros
muriendo pasó la vida
por ver á Jesús y hacerse
con él una cosa misma....

Los Ángeles han abierto
de la morada divina
las puertas de oro, y se escuchan
las celestes melodías.
Llega el místico cantor,
Que conserva en su áurea lira
entrelazadas con rosas
ensangrentadas espinas;
y á los pies del buen Jesús,
que dulcemente lo mira,
cae sollozando y dice:
— Mi Dios, yo no os merecía!

ÍNDICE

ÍNDICE

POESÍAS DIVERSAS

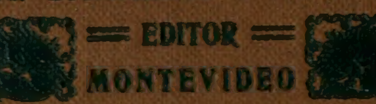
Obras de Benjamín Fernández y Medina

Charamuscas. – Tipos y escenas del Uruguay.—1 volumen (año 1891). (agotada).. —
Revista Uruguaya. — 1 volumen (año 1892). (agotada)........ —
Cuentos del pago. — 1 volumen (año 1894)........................ $ 0.80
Camperas y Serranas. —(Poesías). — 1 volumen (año 1894).
Místicas. — Poesías originales y traducciones. — 1 volumen (año 1894).. » 0.80
Antología Uruguaya. — Prosa. — 1 volumen (año 1894)...... » 1.00
Uruguay. — Colección de cuentos de autores uruguayos. — 1 volumen (año 1895)... » 1 00
Diálogos, Monólogos y otras composiciones recitables:
1ª. Serie — (año 1896) agotada...................................... —
2ª. Serie — (año 1898) 1 volumen.................................... » 1.00
La beneficencia en el Uruguay. — Monografía. — (año 1898 agotada).. —
La imprenta y la prensa en el Uruguay. — (1807 - 1900) 1 volumen (año 1900).. » 0.50
El comercio en el Uruguay. — Desde sus comienzos hasta la erección del Consulado. 1 folleto (año 1900) agotada.............. —
Las huelgas. — 1 folleto (año 1900) agotada........................ —
Ley orgánica de las Juntas E. Administrativas. — Con notas, concordancias, antecedentes, leyes y disposiciones complementarias, ordenanzas municipales, etc. — 2 volúmenes (año 1904) » 6.00
Pensiones, jubilaciones y retiros. — Leyes y disposiciones vigentes coleccionadas y anotadas. 1 volumen (año 1905)........ » 0.60
Leyes electorales. — Anotadas y complementadas con reglamentos, interpretaciones y formularios. 1 volumen (año 1907) agotada).. —
Ley de Registro Cívico Permanente. — Anotada y complementada, etc. 1 volumen. (año 1910).................................. » 0.50
Ley de Elecciones. — Anotada y complementada, etc. 1 volumen (año 1910).. » 0.50
Leyes nuevas. —(Administración Williman). Concordadas y anotadas. 1 volumen (año 1911)... » 2.50

EN PRENSA

Obras del Pbro. José Manuel Perez Castellano.—Anotadas etc. Tomo I. *Observaciones sobre agricultura*.................. —
Estudios. — 1ª. Serie (El Uruguay al empezar el siglo XX. — Síntesis de historia literaria. La poesía popular. El espíritu revolucionario. Andrés Lamas, Henry George y el «Singletan» en el río de la Plata etc.) 1 volumen.. —
Legislación usual del Uruguay. — 1 volumen........................ —
Código de Policía de la República Oriental del Uruguay. — 1 volumen.. —




A. BARREIRO Y RAMOS
EDITOR
MONTEVIDEO